

## PENTECOSTÉS

(Santa Iglesia Catedral Metropolitana de Badajoz)

Queridos hermanos y hermanas, queridos jóvenes que hoy os vais a confirmar: ¡*El Señor os dé la paz!* ¡Qué alegría ver esta Catedral llena de vida! La vida que aportáis los 103 jóvenes que hoy os vais a confirmar y los adultos que saben acumular juventud y no años y que hoy comparten con nosotros esta Eucaristía festiva de Pentecostés.

Pentecostés, la Pascua del Espíritu. Pentecostés la fiesta de la Iglesia. Pentecostés: la oportunidad de los cobardes y miedosos. Sí, porque hoy el Espíritu viene a romper toda barrera, a ahuyentar todo miedo, a sanar toda infidelidad. Pentecostés, fiesta de los jóvenes, también de los jóvenes que acumulan años, pues hoy se cumple la profecía de Joel: Enviaré mi Espíritu y los ancianos volverán a soñar, y los jóvenes profetizarán (cf. *Hch 2, 17*). “Brilla pues para nosotros -como decía san Agustín- hermanos, el día grato en que [...] Jesucristo, el Señor, después de resucitado y glorificado por su ascensión, envió al Espíritu Santo” (S. Agustín, *Sermón 271, 1*). Y también hoy se reaviva lo que sucedió en el cenáculo: desciende sobre nosotros el don del Espíritu Santo como un viento impetuoso que sacude, como un fragor que nos despierta, como un fuego que nos ilumina (cf. *Hch 2,1-11*).

Como hemos escuchado en la primera lectura, el Espíritu lleva a cabo algo extraordinario en la vida de los Apóstoles. Ellos, después de la muerte de Jesús, se habían encerrado en el miedo y en la tristeza, en la frustración, pero ahora reciben finalmente una mirada nueva y una inteligencia del corazón que les ayuda a interpretar los eventos que han sucedido y a tener una íntima experiencia de la presencia del Resucitado: el Espíritu Santo vence su miedo, rompe las cadenas interiores, alivia las heridas, los unge con fortaleza y les da el valor de salir al encuentro de todos para anunciar las obras de Dios.

Porque el Espíritu Santo desciende sobre nosotros, sobre su Iglesia para ponernos en camino y llevar a cabo la misión que Jesús nos dejó: “Id al mundo entero y predicad el Evangelio a toda criatura” (cf. *Mc 16, 15-18*). El Espíritu Santo es fuego que quema por dentro y nos hace reaccionar como al profeta: “ruge el león, quién no profetizará” (*Am 3, 8*). Es viento y nos empuja por los caminos inesperados del Señor. Por eso es el motor de la Iglesia, de una Iglesia en salida, de una Iglesia que vence toda parálisis.

La Iglesia debe romper barreras, empezando por las barreras del corazón, para luego romper las barreras de las clases y de las razas. En ella no puede haber ni olvidados ni despreciados. “En la Iglesia -como decía el Papa Benedicto-, hay solo hermanos y hermanas de Jesucristo”. El Espíritu abre las puertas de nuestro interior para que nuestra vida se convierta en un espacio hospitalario y desde ahí cambia nuestras relaciones con los demás. Y es que el Espíritu nos conduce al encuentro con el Señor y él nos llevará a un verdadero encuentro con nosotros mismos y con los demás.

El Espíritu es el que puede crear relaciones con los demás sanas y auténticas, cargadas de “amor, alegría y paz, magnanimidad, afabilidad, bondad y confianza” (*Gal 5, 22*).

El Espíritu Santo viene a desafiar, en nuestro interior, el riesgo de una vida que se atrofia, absorbida por el individualismo. Es triste observar como en un mundo donde se multiplican las ocasiones para socializar, corremos el riesgo de estar paradójicamente más solos, siempre conectados y, sin embargo, incapaces de “establecer vínculos”, siempre inmersos en la multitud, pero restando viajeros desorientados y solitarios.

Hoy recibís el sacramento de la confirmación. Seguro que vuestros catequistas os explicaron bien quién es el Espíritu y lo que realiza en quien lo recibe con un corazón humilde, disponible, abierto, sin máscaras. Por mi parte, en esta fiesta para toda la Iglesia y especialmente para vosotros, quisiera subrayar, para concluir tres puntos:

Entre los dones que recibiréis del Espíritu está el de la fortaleza. Dejad que el Espíritu entre en vosotros y venceréis el miedo a dar testimonio de Jesús, como discípulos suyos que sois, en vuestras familias, entre vuestros compañeros, en el colegio y, mañana, en vuestro trabajo y el compromiso social y político, para que las ayudas que damos a los más pobres tengan siempre sabor a Evangelio y la política esté, como corresponde a toda verdadera política, al servicio de la gente. Sed mis testigos en Badajoz y allí donde el Señor os coloque.

Lo segundo que quiero insistir es en que seáis creadores de comunidad, de fraternidad. Que nadie sea marginado de vuestro corazón. Amad a los de cerca pero también a los de lejos. Perdonad cuando os sintáis ofendidos, ayudad a todo el que necesite de vosotros, alegraos con los que se alegran y llorad con los que lloran.

Y una última cosa: Estad abiertos para responder, con generosidad, a la llamada del Señor. Que os llama a formar una familia. En medio de la familia y desde la familia anunciad el Evangelio. Que os llama a ser consagrados. El mundo os llama desde esa vida a ser profetas del Reino viviendo los consejos evangélicos. Que os llama a ser sacerdotes. ¡Qué vocación tan hermosa! Os lo dice uno que fue ordenado a los 23 años y que va para cumplir 72 y que todos los días le dice al Señor: Gracias por haberme pensado, gracias por haberme amado, gracias por haberme llamado a la vida religiosa y sacerdotal. ¡Ven, Espíritu Santo! Ven sobre el mundo entero y renovarás la faz de la tierra. Ven, Espíritu Santo, ven sobre tu Iglesia y vivirá en perenne primavera. Ven, Espíritu Santo, sobre los ancianos y adultos y mantendrán la capacidad de soñar. Ven, Espíritu Santo, ven sobre los jóvenes, sobre estos jóvenes que hoy se confirman y sobre todos los jóvenes del mundo entero y, particularmente, de nuestra archidiócesis y serán capaces de profetizar.

Que María Santísima, Mujer de Pentecostés, Virgen visitada por el Espíritu, Madre llena de gracia, nos acompañe e interceda por nosotros.

Ven, Espíritu Santo. Ven. *Fiat, fiat, amen, amen.*